

Reflexiones sobre la Gran Guerra de 1914

♦ Juan Cristóbal Cruz Revueltas

En 1914 cambiará la historia: Europa se encuentra en su cenit y los europeos controlan el 70% del mundo. Mientras Londres es la cabeza de un gran imperio, un alemán, Max von Laue, gana el premio nobel de física y Albert Einstein se instala en Berlín, la capital de la potencia económica en ascenso. La Viena de Ludwig Wittgenstein se encuentra en pleno esplendor y rivaliza con el París de Picasso y Matisse.

En esos días de *la belle époque* aún se respira en la atmósfera la convicción de Víctor Hugo: “el siglo XIX es grande, pero el XX será feliz”.¹ Los primeros años parecen darle la razón. De aquellos días Johan Huizinga da testimonio de un mundo de pasiones sosegadas en el que el socialismo es reformista, se cree en el progreso de la libertad y las ciencias, y que parece tender a la “armonía universal”.² Robert Musil recuerda también la Viena alegre en la que “tácitamente se había admitido como imposible que las grandes naciones de Europa, cada vez más unidas entre sí por su cultura, se dejaran arrastrar a un nuevo conflicto”.³

¿Cómo explicar entonces el desencadenamiento de la guerra en el verano de 1914? ¿Cómo entender que “millones de hombres que no habían

vivido sino por sus intereses y por una angustia mal encubierta de la muerte se hayan alegremente ofrecido a morir por la nación?”⁴ ¿Cómo sucedió que Stefan Zweig y Robert Musil, que nacieron en una monarquía milenaria, la vean desaparecer de golpe junto con los imperios ruso y otomano? ¿Cómo fue posible el suicidio europeo, “los últimos días de la Humanidad” (Karl Kraus), el principio del decaimiento de Europa?

Los diversos volúmenes de la gran obra de Musil, *El hombre sin atributos*, fueron ideados para responder estas preguntas. Es decir, si alguna respuesta puede haber, esta no puede ser sencilla ni unívoca. Menos cuando sabemos que el hecho que se adujo para la declaración de guerra contra Serbia no la implicaba necesariamente. En su libro autobiográfico, *El mundo de ayer*, Stefan Zweig da cuenta de la reacción de los austriacos ante la noticia de la muerte del heredero al trono, el archiduque Francisco Fernando: sin conmoción ni amargura, sin muestra particular de simpatía ante la desaparición de una personalidad poco querida; incluso con cierto alivio ante la idea de que el archiduque Carlos, mucho más querido, ocupara el lugar del difunto en la sucesión al trono.

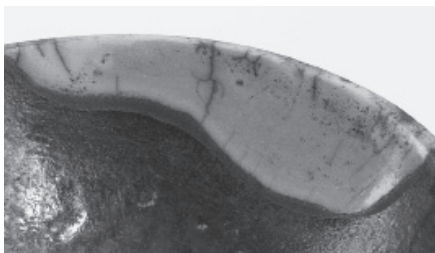
¹ Víctor Hugo, *Les misérables*, 5ª parte, libro I, cap. 5, Le Livre de Poche, París, 1998.

² Johan Huizinga, *Entre las sombras del mañana*, Península, Barcelona, 2007, pp. 17-19.

³ Robert Musil, *Prosa und stücke, kleine prosa, aphorismen, autobiographisches, essays und reden, kritik*, Rowohlt, Hamburgo, 1978, p. 1020.

⁴ *Ibid.*, pp. 1060-1061.





El día siguiente del suceso, los periódicos no vinculan consecuencia bélica alguna con el asesinato (tampoco lo hacen los franceses). Con discreción, la monarquía evita enterrar al archiduque en la Cripta de los Capuchinos de Viena, como corresponde a su rango. No es sino una semana más tarde que los periódicos, de manera patentemente orquestada (de acuerdo con Zweig), dan un carácter trascendente al evento.⁵

A partir de ahí, todo se desencadena. Se desata un entusiasmo nacionalista cuasi religioso entre las multitudes (testimonios como los de Musil, Zweig y Canetti dan cuenta de ello). Muchos creen que será la última guerra. La mayoría cree que será corta y que pasará navidad en familia. Pocos sospechan que su naturaleza ha cambiado, a pesar de que la guerra civil estadounidense, las guerras de los bóeres y la guerra ruso-japonesa permitían advertir esa transformación: nueva producción en masa de armamento, metralletas, uso de obuses y de gas mostaza, entre otros.

Al principio, el desfase entre viejas tácticas y nuevas tecnologías de guerra será palpable. Una de las grandes figuras intelectuales de la época, Charles Peguy, teniente del ejército francés, muere al insistir en mantenerse erguido, a la vieja usanza caballeresca, al momento del combate. Pero muere no sin haber escrito: "bienaventurados aquellos que han muerto en las grandes batallas, acostados en el suelo ante el rostro de Dios".⁶

Si las masas abandonan sus hogares y se dejan embrojar por las sirenas del nacionalismo y de la

guerra, se debe, para algunos posrománticos, a que Víctor Hugo habría olvidado que "la felicidad aburre". No extraña que un par de décadas después de la publicación de *Los miserables*, en una Europa más "civilizada", Nietzsche conciba la figura del "último hombre" como la propia de una época ("nihilista") que reivindica la igualdad y que pretende haber "inventado la felicidad". Max Weber retoma este reproche cuando populariza su noción de modernidad como racionalización y *desencanto*.

Bajo su sombra, Ernst Jünger recordará los días anteriores a la Gran Guerra: "Después de todo, en el bienestar indolente de una época liberal la vida no estaba tan mal. Pero debía de haber alguna cosa que dejara que desear. Y los deseos que permanecen demasiado tiempo sin identificar, incluso a la conciencia, penetran finalmente en la sangre como una precipitación de veneno; engendran ese estado de vieja solterona que es propio de generaciones satisfechas y épocas intactas".⁷

Ante este deseo difuso de ruptura con el orden establecido, Musil insistirá que en Europa, y sobre todo en Alemania, se propaga —durante la guerra y luego durante la posguerra— un romanticismo idealista que trasforma nociones dudosas, como las de raza o nación, en "verdades manifiestas". Dicho de otra forma, se dimite de la razón para encontrar un ilusorio refugio en emociones exaltadas. Para Musil el problema reside en el hecho de que la nueva sociedad de principios de siglo no encuentra las formas institucionales que le corresponden: Kakanía —nombre satírico que Musil le da

⁵ Stefan Zweig, *Le monde d'hier*, Belfond, París, 1994, pp. 255-260.

⁶ Charles Peguy, *Eva*, Ediciones Encuentro, Madrid, 2004, p. 241.

⁷ Ernst Jünger, *Anotaciones del día y de la noche*, Tusquets, Buenos Aires, pp. 48-49.

al imperio austro-húngaro— es una carroza tirada por caballos (el gobierno monárquico) en medio de una sociedad motorizada.

La lectura de Norbert Elias coincide con la de Musil cuando constata que en la Alemania del cambio de siglo, las clases medias en ascenso se dividen en dos grupos: aquellos que se adhieren a las ideas humanistas, igualitarias y cosmopolitas de tipo liberal y quienes se identifican con los valores guerreros de la aristocracia aún gobernante. De nuevo Jünger expresa bien esta última inclinación cuando anota: “El humanitarismo moderno, ese sol falso de la humanidad, está igualmente alejado de los buenos y de los malos espíritus, de las alturas y de los abismos”⁸

Autores cercanos a Jünger como Carl Schmitt (amigo suyo) y Martin Heidegger (que retoma de él su reflexión sobre la técnica) ofrecerán la versión académica de este tipo de visión. La victoria de los ejércitos alemanes sobre Francia en 1871, que es interpretada como un triunfo de la nobleza germana sobre la burguesía, y la guerra de 1914, terminan por favorecer el predominio de los valores aristocráticos, nacionalistas y guerreros, al grado de que incluso un escritor tan lúcido como Thomas Mann se adhiere a ellos fervientemente por un tiempo. De una visión dinámica y orientada al futuro (la civilización, la paz y el progreso), popular entre la clase media ascendente de finales de siglo XIX, a partir de ahora los ideales y programas políticos y culturales (la tradición, la nación, la raza, entre otros) se vuelcan al pasado y se piensan como realidades estáticas y eternas.⁹

Un aristócrata definirá entonces la diplomacia mundial. Se dirá en Viena que el emperador Francisco José era clemente, pues solo una vez en su vida firmó una sentencia: cuando se pronunció a favor de la pena capital contra la humanidad en su conjunto. Su declaración de guerra desatará el endemoniado juego de alianzas que pretendían mantener la estabilidad entre las potencias. Lo mismo sucede en el caso alemán: Elias observa justamente que la diplomacia seguía en manos de la aristocracia (de tradición bélica). Es decir, nos encontramos ante un desfase entre las formas de organización tradicionales y las nuevas sociedades. El hecho mismo de que el origen de la guerra haya sido poco claro, hace patente no solo que los medios de intermediación para resolver el diferendo no fueron efectivos, sino que quizá no los hubo.

Valga notar que en caso de conflicto, el derecho —en este caso, el internacional— empieza por definir cuál es la *litis*, cuál es el objeto específico en disputa. Es decir, se aclara lo que está en juego y se depura el litigioso de las pasiones (“oportunistas”) que quieren aprovechar la ocasión para desatarse. Más que los intereses geopolíticos o económicos (la guerra terminará siendo una catástrofe económica incluso para la familia Krupp, dueños de las fábricas alemanas de cañones), un déficit determinante fue el de los instrumentos conceptuales y de las instituciones que facilitarían el acomodo geopolítico de la nueva potencia ascendente, Alemania. Luego de la guerra, la creación de la Sociedad de Naciones buscará subsanar ese vacío.

⁸ *Ibid.*, p. 150.

⁹ Norbert Elias, *Los alemanes*, Nueva Trilce, Buenos Aires, 2009, p. 151.



Si bien no hay determinismo en la historia, la primera guerra mundial parece haber desencadenado una onda de *shock* que llega hasta nuestros días: ¿qué hubiera sido del siglo XX sin esa guerra? “Para la historia del siglo XX —observa François Furet— la guerra de 1914 tiene el mismo carácter matriz que la Revolución francesa para el siglo XIX. De ella brotan directamente los acontecimientos que están en el origen de las tres 'tiranías' de las que habla Élie Havély. La cronología nos lo dice a su manera, ya que Lenin toma el poder en 1917, Mussolini en 1922 y Hitler fracasa en 1923”.¹⁰

Efectivamente, sin la Gran Guerra no se habría impuesto la crisis de los valores liberales; Lenin y luego Stalin no habrían tomado el poder. El antes socialista Mussolini no habría descubierto la fuerza (maléfica) de la pasión nacionalista. Sin la revolución rusa, el fascismo de Mussolini no se habría constituido en su reacción ni se habría apoyado en su ejemplo. En Alemania Hitler, que admira a Mussolini, no habría aprovechado esas dos pasiones políticas, el nacionalismo y el anticapitalismo, para engendrar el nacionalsocialismo.

A cien años del conflicto, ¿qué otra lección nos ofrece la guerra de 1914? En primer lugar, al contrario de lo que piensa Jünger, Hannah Arendt observará que los veteranos de la guerra no regresan más ricos en experiencias. En una de sus cartas escritas durante la guerra, Musil reconoce momentos de exaltación, incluso de felicidad, pero sobre todo, apunta, “hay en esta danza de la vida en torno de la muerte una banalidad y un vacío opresivos”.¹¹

En realidad, la Gran Guerra favoreció la brutalización (George Mosse) de las sociedades europeas. Les hizo aceptable el culto del jefe carismático, la obediencia acrítica y el uso ordinario de la violencia. La lección que debió obtenerse de ello era la de la catástrofe a la que puede conducir no necesariamente el patriotismo pero sí el nacionalismo. Nótese que Hugo pensaba que el siglo XX sería feliz porque se habría liberado del nacionalismo; pero la propia dinámica desatada por el periodo bélico impidió realizar esa crítica. Todo ello marcará el periodo posterior: el de las tiranías.

En segundo lugar, sabemos que con la Gran Guerra, Europa, que había dominado el mundo desde el Renacimiento, comienza su decaimiento y se inicia la transferencia de los grandes centros de poder, primero hacia Estados Unidos y hoy hacia China. Respecto a este último punto, es de notar que hoy en día nos encontramos ante un escenario semejante: en 1914, Alemania es la potencia ascendente, como lo es China hoy en día.

Como el imperio alemán de aquellos días, China tiene un gobierno no democrático que gobierna una sociedad capitalista; ante la descomposición de la retórica comunista, su única ideología de sustitución es el nacionalismo; y, en términos geopolíticos, China se percibe encerrada por una *cintura* (“enemiga”) de contención (Japón y otros países) como la que Alemania quiso romper en 1914. Esperemos que el antiguo y sabio pueblo de China sepa evitar los errores que Europa cometió hace un siglo.

¹⁰ François Furet, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, FCE, México DF, p. 188.

¹¹ Robert Musil, *Letras*, Seuil, París, 1987, p. 67.